

## El Carácter

*Discurso pronunciado en la fiesta patronal de "La Bordadita" por el señor doctor Alvaro Sánchez.*

*"In me gratia omnis viae et veritatis,  
in me omnis spes vitae et virtutis".*

(Del Eclesiástico).

Señor Rector, señores Consiliarios, señores Rosaristas:

Cuando la reina Margarita de Austria, extinguido el rumor de las fiestas y saraos cortesanos, en tranquilo vagar y en apacible estancia, volvía a la labor comenzada, y la aguja, guiada por mano experta, iba haciendo surgir sobre la urdimbre de seda la imagen de María, ¿qué pensamientos consagraba a los asiduos Colegiales de estos claustros? ¿Bordó para otras aulas parecidas telas, por donde pudiera pensarse que en esta ocupación empleaba sus ocios piadosamente? ¿Fue su intento dar con esta religiosa presea a los hijos del Colegio Mayor de Santa Fe de Bogotá una prenda de su protección munificente? ¿Acaso satisfizo con ello algún voto formulado en momentos de silenciosa incertidumbre? ¿O bien, penetró toda la profundidad y alteza de sentido que se cifraba en señalar a la propia Madre de Dios, para Madre y protectora y maestra de una juventud predestinada al heroísmo? De cierto que jamás pudo soñar la real bordadora que su tela recamada, iba a recoger, puesta ya en este hogar de la sabiduría, tantas esperanzas, tan fervidos anhelos, tan pródiga cosecha de triunfos; que delante de ella, a la lumbre de sus mansos ojos, se plasmaría un mundo de nobleza y de acción, de vigiliias fecundas y de sacrificios inmortales.

Al echar el egregio arzobispo Fray Cristóbal de Torres las bases de su obra y trazar con diestro tacto los lineamientos de su empresa, bien claro lo dijo haber de ser estas aulas fábrica de recios y bien templados caracteres, yunque y troquel de caracteres que pudieran llamarse no tan sólo hombres —de *humus*, tierra—, sino *vires*, varones, nombre significativo de virtud y de fortaleza.

Cuán ajustado concepto tuvo de lo que debe ser la noble actividad educativa. Corridas tres centurias, difíciles ensayos, prolijos estudios, han modificado métodos y programas; genios de la pedagogía han señalado menguas en la ciencia, no siempre en ascensión, de modelar las mentes y enriquecerlas de doctrina:

aun no han mostrado ni podrán hacerlo, finalidad más alta de la que hemos apuntado: informar conciencias y troquelar caracteres.

Y como en orden a este propósito es fuerza fijar un ideal, ninguno más alto ni propio que *María*. Al enviaros la reina esta tela, hoy ajada y marchita con esa gloriosa palidez de las banderas que han ondeado en cien combates, no tanto satisfizo una cristiana inclinación de su ánimo devoto, ni tan sólo quiso dar prenda de su favor real; hubo en este acaecimiento un designio providencial: debíais de tener excelso numen y tutelar estrella que os guiase y sostuviese en la realización de altos empeños y os fue dada la más grande y augusta que puede ser. Esto quisiera mostraros yo en mi sencilla exposición. Veremos qué nota constituye la grandeza del carácter, y cómo la Virgen los forma en la escuela de su materno corazón.

Educación, dijimos, no es otra cosa que modelar caracteres, y en hora afortunada, como inefable ideal y protectora en esta empresa, os fue señalada por querer de la Providencia aquella Señora que en los comienzos de la Iglesia, ausente ya el Maestro, presidiera el Colegio de los Apóstoles, le prestara sus luces, le diera sus soberanas energías y con su maternal bendición lo lanzara a la conquista de la tierra.

Ella preside también, ya va para tres siglos, la formación de numerosas almas juveniles; cuán bien haya cumplido su encargo, díganlo los nombres ilustres que forman la corona y el ornamento de esta casa. Si algún día, rompiendo la venerable tradición, no fuese más "La Bordadita", como hasta hoy lo ha sido el alma mater de estos claustros, veríais extinguirse un espíritu que brilló en la colonia con virtudes patriarcales, vertió sobre la gesta patria todo un tesoro de abnegación procerca y triunfadora energía y ha dado a la república su más glorioso patriciado.

Os dije que comenzaríamos por estudiar en dónde radica ese atributo que apellidamos el carácter; veámoslo:

La psicología señala tres facultades en el hombre: la de conocer, la de sentir, y el determinarse libremente: tres vidas, como si dijéramos, la cognoscitiva, la afectiva y la activa con el nobilísimo atributo de la libertad. ¿En cuál de ellas ahonda sus raíces un gran carácter? Desde luego es preciso no olvidar que la grandeza del carácter "no la constituye una sola cualidad, supone un conjunto excepcional de raras virtudes"; al preguntar, pues, dónde coloca sus bases, no queremos excluir ninguna



facultad humana, preguntamos tan sólo en cuál señaladamente se fundamenta.

¿Será acaso en el entendimiento?

Cuán digno de admiración es el hombre que hiende con vuelo aquilino la vastedad de lo cognoscible e inquiera las causas y los primeros principios. Al contacto de su inteligencia se hace la luz donde antes se enseñoreaban las sombras. Pienso que así como la fantasía oriental creó las palabras de evocación y de conjuro, poderosas a franquear los palacios encerrados en los senos del mar o en las entrañas de la tierra, capaces de dar alas al corcel y de trocar en atavíos de incomparable riqueza los harapos de la miseria, lámpara de maravillas a cuya lumbre todo se esclarecía y transformaba: así, o mejor que todo ello, la inteligencia genial, ahonda en los arcanos del mundo, arrebatada a la naturaleza sus secretos, descubre la hermosura del sér, vuela como alado pegaso sobre la tierra transformada hasta las cumbres de lo absoluto. Podría creerse, habida consideración de las conquistas de la inteligencia, que allí en el alcázar del pensamiento, se guarda el tesoro de la grandeza del carácter. Mas observad cómo puede coexistir una mente poderosa y un carácter sin elevación y sin prestancia. "Puede darse, dice Lacordaire, una inteligencia capaz de iluminar su siglo, y un alma capaz de deshonrarlo; se puede ser grande hombre por la mentalidad y despreciable por las condiciones del carácter".

La historia a todo lo largo de sus páginas confirma esta aseveración; y valga por muchos este ejemplo: ¿Quién puede poner en tela de juicio la grandeza de la inteligencia del filósofo de Ferney? Ensayó su ingenio en los campos más diversos, y en todos dejó huellas no despreciables; en su pluma la prosa francesa se hace sutil y ondulante; puede decirse que dio a su idioma un paradigma perfecto. Va con una movilidad sorprendente del cuento a la filosofía, del ensayo al teatro, de la historia al poema. ¿Podríamos, después de admirar las muestras de su clara inteligencia, decir que fue un gran carácter? He aquí el juicio que le mereció a uno de sus más conspicuos biógrafos: "Se burlaba de los reyes y los lisonjeaba. Predicaba a la Iglesia el perdón de las ofensas y no perdonaba a sus propios enemigos. Era generoso y avaro, francamente embustero, cobarde y valiente. Temía los golpes, cosa natural en los seres humanos, y se pasaba la vida metiéndose en asuntos en que podía recibirlos". Podemos admirar su inteligencia, contrista y repele la pequeñez de su carácter.

¿Estará entonces esa nota de grandeza en la sensibilidad?

¿Será un gran carácter un hombre profundamente emotivo? Si de la inteligencia dijimos ser como una lámpara de milagros que esclarece y eleva, de la nobleza de sentimientos añadiremos que es arpa eólica pronta a recibir toda impresión y a convertirla en armonía, en sollozo o en canto, prestando así a la mudez de la gran naturaleza un acento de magnífica revelación. Pero los sentimientos más delicados y profundos, la emotividad más exquisita no hacen un gran carácter.

Sobre la mente que indaga y ahí se queda en impasible contemplación, las gentes dan su preferencia al noble corazón que palpita con los duelos humanos y celebra sus alegrías; mas he aquí que un arranque generoso puede convertirse en el fuego de una pasión abrasadora, y que una gran capacidad de emoción puede coexistir con un ánimo pequeño, con un carácter sin relieve. Tal dice la experiencia. ¿Os acordáis del autor del "Diario Intimo"? Quien lea esa historia de un alma podrá convenirse de cuán profunda fue la tragedia de sus días. No hubo uno sólo que no se tradujese en emoción. Todo quedó allí consignado: la sonrisa leve, la reticencia que lo hirió, el paisaje que fijó sus colores en la fantasía, la música que le reveló el secreto de sus tonos menores; el mohín de unos labios que nunca dijeron su secreto; y, sin embargo, ¿quién podría llamarlo un gran carácter? Vivió una vida de martirio por su timidez excesiva, y jamás dio el paso que hubiera podido hacerle la merced de la felicidad porque su ausencia de carácter le mantenía en la penumbra de la indecisión, enemiga de todo esfuerzo.

La grandeza del carácter se halla en esa misteriosa potencia que nos impele al bien, cuyo altivo atributo es el ser libre y cuya tremenda consecuencia es hacer al hombre responsable de sus acciones. La voluntad prendada de un levantado ideal y pronta a lograrlo, aun a costa de todos los sacrificios, he aquí lo que da al hombre la grandeza de su carácter. La mente intervendrá para hacer valer las razones que militan en pro del ideal apetecido, sus excelencias y provechos; a la sensibilidad le corresponde poner ardencia en el empeño; todo presidido, encauzado y sostenido por una recia voluntad, da al varón fuero de auténtica grandeza.

Será, cuando se trata de un ideal divino, la figura de Pablo de Tarso, romero de todos los caminos, predicador sobre las plazas, en el ágora de los griegos, sobre el puente del navío que lo llevaba a Roma, entre las cadenas del cautiverio, de la eterna palabra de la vida *Quis nos separavit a caritate Christi?* ¿Quién habrá de separarnos del amor de Cristo? hasta caer, tron-



chada la cabeza de un tajo, en sublime ofrenda de martirio, como roja flor que corta el hortelano en la plenitud de su hermosura. Será Francisco de Asís, extático y mendigo; Camilo de Lellis, penitente y soldado; Vicente de Paúl, ascua viva de caridad; y tantos y tantas más que pusieron todo su esfuerzo, auxiliados por la gracia, en traducir en sus terrenas existencias la inefable lección del Evangelio.

Será, cuando se trata de un ideal humano, el legendario Cid, batallador perenne, en leal servicio de su rey y de su patria; o el caballero Bayardo, sin tacha y sin miedo, ejemplar purísimo de la noble tierra francesa, a quien consolaba en sus derrotas, perdidas las armas, mal herido y quebrantado, el haber salvado el honor; o será Bolívar que en la melancolía de Pativilca, teniendo ante sí las huestes españolas vencedoras, y en su derredor desbaratado el escaso ejército libertador, a la pregunta que uno de sus compañeros formulara: ¿Qué piensa ahora hacer, general? Vencer, responde el Héroe y venció al cabo porque su fe en el ideal de libertad y patria era superior a la inconstancia de la fortuna. O será, para buscar los ejemplos en esta casa venerable que tan excelsos ha ofrecido siempre a la imitación de las generosas voluntades juveniles: Caldas, que en los claustros del seminario de Popayán, hurta horas al sueño para consagrarlas a la ciencia, escala laboriosamente la cumbre del saber y cuando parecía iba ya a cortar el codiciado fruto, la mano aleve del verdugo corta sus anhelos de ciencia y le pone en la mano el lauro rojo de los inmolados para hacer patria libre.

Sabiendo ahora ser la voluntad, la potencia del alma que da al hombre la grandeza del carácter, me preguntaréis qué elementos o notas van a constituirlo. Lo primero será, puesto caso, ser la voluntad una energía que no se mueve sino en presencia de un bien, ofrecérselo de tal naturaleza que súbito la arrebatase; bien no aparente sino muy real y verdadero. Así será vuestro carácter, jóvenes amigos, cual sea el ideal que a vuestros anhelos se ofrezca. Y aquí cabe observar cuán errado es el camino de quienes quisieran educar proponiendo a las juventudes todas las doctrinas sin ánimo de inclinarlas a esta o a la otra parte, como quien muestra en las umbrosas salas de un museo los arneses de antaño, las antiguallas cubiertas de herrumbre, los pergaminos de olvidadas realezas; o bien las curiosas labores de las edades nuevas, las ingeniosidades extravagantes de novísimos artistas sin que intervenga para nada un criterio que haga discernir lo verdadero de lo falso, el mérito auténtico de lo me-

diano o simplemente artificioso. ¿Será posible educar, vale decir, modelar un carácter, informar una conciencia, si comienzo por asegurar que ignoro la verdad, que todos los caminos son buenos, que es lo mismo la armonía de Platón que las máximas de Epicuro, Mahoma que Jesús, las negaciones heterodoxas que las afirmaciones cristianas? ¿Qué saldrá de una escuela sobre cuya puerta podría ponerse como único lema un interrogante sin respuesta? ¿Qué saldrá, sino una generación de escépticos, incapacitados para la acción porque la voluntad está enferma!

Si educar es formar caracteres, y si el carácter noble y erudito no se da sino allí donde se propone al fecundo empuje de una voluntad viril, una gallarda empresa, ¿qué concepto tiene de su misión el educador que comienza por declarar su indiferencia? Señores, yo declaro que no puede haber pedagogía que mezca nombre de tál sino sobre bases confesionales. La escuela libre es un espejismo engañoso. Los grandes caracteres no se forman sino en el culto apasionado de un ideal.

Mas, para que el carácter alcance su máxima expresión de grandeza, esa idea, empresa o meta que se ofrece a los impulsos de la voluntad libre, debe ser justicia, verdad y nobleza. Ved, por tanto, la primera condición que para la formación de vuestro carácter se os señala: proponeros levantado ideal. *Peto, nate, ut aspicias ad coelum*, os diré como la madre de los Macabeos a sus hijos próximos a la ofrenda de la vida. Ya el poeta latino recordaba a los hombres que no en vano la naturaleza les había dado erguida testa y altos los ojos, porque buscasen arriba el término de sus propósitos:

*Os homini sublime dedit, coelumque tueri  
jussit, et erectos ad sidera tollere vultus...*

Dio Dios a los hombres rostro levantado y les ordenó mirar al cielo y levantar la faz a las estrellas... Cómo contrista el ver cuán pobres y mezquinas son las aspiraciones de la humanidad presente: ello explica la ausencia de verdaderos caracteres. ¿Cuál es hoy el ideal humano? Repartir las riquezas! Desde la estepa rusa hasta las playas del trópico un solo cuidado atenaceo el corazón de los hombres: partirse, no como cumple a hermanos sino con la saña de las fieras, la presa aun palpitante. Siglos atrás corrió la sangre humana en empresas caballerescas: reconquistar la tierra santificada por la presencia y el martirio del Hombre Dios; algunas centurias después, por la conquista de la libertad. A la voz de "libertad, igualdad y fraternidad"



cayeron por tierra las coronas de los reyes y se rompieron sus cetros. Hubo un ideal espiritual; pudieron los hombres equivocarse el camino, abusar de los medios, extremar las consecuencias; pero, al fin y remate, había algo de levantado en esas luchas, mas al presente, ¿cuál la meta de tan sangrientos sacrificios como presencia el universo? Repartirse la tierra; que el vecino no tenga un mendrugo, un harapo más que yo; que cuanto se levante un palmo sobre el lúgubre pantano en que naufragan veinte siglos de cultura cristiana sea segado por la hoz inmisericorde de la muerte... Qué menguado ideal!

Están cayendo al estampido de la dinamita las flechas que lanzó al cielo la fe de los siglos que fueron, y se levantarán en cambio las hornazas donde se funda el hierro para las armas homicidas, y las oficinas donde a la persona humana no se le dé un nombre sino un número, y donde se la inscriba como unidad de una masa para repartir luego los dividendos que le correspondan en la feria de la sangre y del latrocinio... y ese es hoy el solo ideal humano!

Jóvenes, en vuestras manos está el porvenir de la patria y de la raza: ¿queréis levantar el carácter y ennoblecerlo como cumple a los hijos de estos claustros y a los herederos de sus gloriosas tradiciones? Levantad el ideal, ensoñad uno augusto de dignidad y de decoro, y a él sacrificadle vuestras energías con abnegación y constancia.

La segunda condición para hacer grande un carácter, será la muerte al egoísmo, o si queréis dicho en forma positiva, la generosidad. Si vais a investigar la causa más profunda del malestar que a todas las sociedades aqueja, la encontraréis en la mengua que expresa esta sola palabra: egoísmo, cáncer funesto que corroe todos los corazones.

Para conquistar un ideal, para servir una causa, para lograr un arduo empeño, precisa el olvido de sí mismo, ceñirse los lomos como de un cilicio con la ardua fidelidad al deber; no tanto pensar en sí cuanto en el ideal, en la causa común y por ella estar pronto a ofrendar las energías y la vida.

Sed generosos; dad muerte al egoísmo si queréis alcanzar grandeza de carácter y loable elevación de espíritu:

Por último, sed constantes.

No sazona la fruta en un momento  
aquella inteligencia que misura  
la duración de todo a su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura  
luego materia acerba y desabrida  
y perfecta después dulce y madura...

Cómo quisiera yo enseñaros esa paciente espera en el logro de un ideal. La enfermedad más grave y de más funestas consecuencias que atormenta hoy a las muchachadas que se inician en la vida es la precipitación, enemiga de la lenta pero sólida preparación, que madura las pródigas promesas de esas vidas en flor y las conduce al logro halagüeño.

Queréis ser varones antes de pasar por la adolescencia; gastar provechos de hombres maduros sin haber cultivado la juventud. Tened la energía de la espera. Más pronto de lo que imagináis sonará para vosotros el momento de entrar en acción; ya en la línea de fuego no abandonéis la empresa por sucesos contrarios que acaezcan. ¿Qué hubiese sido del hallazgo de América si Colón hubiese vuelto la proa de sus naves en el punto y hora en que se amotinó la marinería? Acordaos de la palabra de Jesucristo: "Quien pone la mano en el arado y vuelve a mirar atrás no es apto para el reino de Dios".

Excelsitud del ideal elegido, muerte al egoísmo, generosidad y constancia: he ahí los elementos que integran un gran carácter. Hacedos merecedores de que se os apellide por la íntegra virtud de vuestros pechos dignos varones herederos de las proceras tradiciones de estos claustros.

En la escuela de "La Bordadita" aprenderéis estas lecciones. Asociada por Cristo a la obra de la reparación humana, consagró y sacrificó su vida al triunfo de la misericordia, a la reparación de la justicia. Cruza la imagen de María la escena de los siglos envuelta en un peplo de divina idealidad. No contaminada con el lodo de nuestras miserias, sufre sus tristes consecuencias, y padece pobreza y destierro y oscuridad y silencio; con el Hijo divino asciende a la montaña de la expiación, contempla su agonía y recoge su huelgo postrimero.

La excelsitud del ideal al cual se ofrece sólo es comparable a la grandeza de un dolor. Tiene corona de Virgen, dignidad de madre, cetro de reina y atributos de mártir; en su corazón cupo la humanidad atribulada y pecadora por quien ofreció al Hijo de sus entrañas y sus propias inenarrables agonías. Las tres notas que hemos dicho integran, si podemos hablar así, la sobrenatural grandeza de su carácter: sublimidad en la empresa, abnegación e invicta constancia. El corazón de la Madre divina escuela es de cristianas virtudes y levantados caracteres.

Regido este Colegio por quien junta la inteligencia excepcional, el corazón de padre y de maestro, los atributos de verdadero educador al sobrenatural carácter sacerdotal, él os ha llevado hasta el trono de "La Bordadita" y os ha confiado a su dirección y protección. No otra cosa pido a esta Señora sino que, él perdure como maestro de muchas generaciones; y a vosotros os haga la merced de aprovecharos de los ejemplos y lecciones de tan grande maestro, para perpetuar en gloria de la Iglesia y de la Patria las tradiciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fábrica de recios caracteres y fecunda escuela de cristianos y preclaros varones.

